

— Ven. — Allá voy. — ¿Me pegas? doy un grito.
— Déjamela Margot... — No he de dejarla.

Ya tiene Concha el rostro colorado,
Ahoga Margot su llanto en un suspiro,
Y entonces Juan, el rifle preparado,
Sale y grita á las dos : — Cállense ó tiro.

Callan ambas á un tiempo, como puede
Callar cualquiera ante su faz bravía,
Y él agrega muy serio, — ¿Qué sucede?
¡Yo soy un coronel de artillería!

Con esta frase que su audacia encierra
Vuelve á las niñas bienestar profundo,
Que aunque inicuo el derecho de la guerra
Aplaca muchas riñas en el mundo.

LA VELADA

A MI HERMANO ERNESTO

En el paterno hogar, pegado al muro
Que cierra el fondo del salón oscuro,
Pende un cuadro que fuera en otra parte
Orgullo del pincel, gala del arte,
Si allí no fuera siempre orgullo y gala
De nuestro amor filial, no de la sala.

Es un retrato por Clavé pintado,
En que aparece al natural sentado
En antiguo sillón de terciopelo,
Tronco del árbol de mi hogar, mi abuelo.

Cuantos lo ven, peritos ó profanos,
Asómbranse del rostro y de las manos,
Pues de tal suerte la verdad provocan,
Que son ojos que ven, manos que tocan,

Frente en que funde el rayo de la ciencia
 Las nieves del dolor y la experiencia;
 Boca en que está sin que los labios abra,
 Contenida en su vuelo la palabra;
 Y el experto pincel llegó á tal punto,
 Tal tono de verdad prestó al conjunto,
 Que hasta se ve que con impulso leve
 El cuerpo todo al respirar se mueve.

Una noche de abril limpia y serena,
 Entraba el rayo de la luna llena
 Hasta envolver en su reflejo grato
 El expresivo rostro del retrato,
 Y era esa luz de ráfagas tranquilas,
 Grana en los labios, fuego en las pupilas,
 Y sobre aquella venerable frente
 Coronada de canas noblemente,
 En tan calladas y apacibles horas
 Plata deshecha en hebras voladoras.

Debajo de aquel lienzo venerado
 El humilde salón tiene el estrado,
 Que si ha sido lujoso en otras eras,
 Hoy no tiene tapices ni maderas,
 Ni bronces, ni cristal, ni porcelanas;
 Al contrario, los muros, las ventanas,
 Todo diciendo está con gran tristeza
 Que la honradez se premia con pobreza
 Y que más vale al ánimo sereno

Desmantelado hogar de virtud lleno,
 Que entre oro y sedas esconder sin calma
 En hogar sin amor, cuerpo sin alma.

Un mundo es el hogar do nada es vano,
 Y un padre es en tal mundo el soberano
 Que, sin sorda ambición, sin bajo encono,
 Asienta en la virtud su excelso trono;
 Un abnegado amor sus actos mide;
 Para sí nada busca y nada pide,
 Pues cuanto logra en bienestar y fama
 Es de los hijos que bendice y ama,
 Siendo, en Dios y el deber los ojos fijos,
 Viva imagen de Dios para sus hijos.

¿Quién como un padre nos dará su abrigo?
 ¿Dónde poder hallar mejor amigo
 Ni más útil y amante compañero
 Ni más noble y prudente consejero?
 Su voz es la más dulce que responde
 Al amargo dolor que el alma esconde,
 Y su palabra la mejor egida
 Para arrostrar las luchas de la vida.
 Hábil, constante y práctico piloto
 En negro mar de porvenir ignoto,
 Él, la nave filial empuja y guía,
 Y luchando con ella noche y día,
 Salva abismos, aclara oscuridades,
 Burla vientos, humilla tempestades,

Y con brújula y luz al puerto avanza...
¡La brújula es la fe; luz la esperanza!

La noche á que en mis versos me refiero,
Mi padre, con sorpresa vió el primero
(Pues estaba conmigo en el estrado)
Que aquel rostro en el lienzo retratado
De la luna al reflejo macilento,
Iba cobrando vida y movimiento.
¡Ah! yo le vi después, y estremecido
De respeto y pavor, casi al oído
Dijele: « Padre, ¿sueño es lo que veo,
Ó es una realidad? ¿Miente el deseo? »
Volvió otra vez sus ojos al retrato,
Y allí los tuvo fijos largo rato...
Si algo me respondió no lo recuerdo,
De aquel minuto la memoria pierdo;
Sólo sé que el salón estaba oscuro,
Que la luna, filtrándose hasta el muro,
Iluminaba el cuadro en ese instante,
Y que en él vi lo que diré adelante.

Vi la apacible faz, la frente cana,
Vueltas cual otro tiempo carne humana;
Vi aquellos ojos húmedos moverse,
Vi las hebras de plata estremecerse;
Y en medio de un silencio pavoroso
Reflejo de otro mundo misterioso,
Mi padre y yo, ya trémulos, oímos,

Y en el alma los dos las recogimos,
Estas palabras, fuentes de consuelo
Que desde el muro pronunció mi abuelo:

« Hijos, yo vivo aún; no soy extraño
En vuestro hogar y siempre os acompaño;
El alma por la carne revestida
Teme dejar los goces de la vida,
Pero al romper su tosca vestidura,
Ya libre y ya feliz, desde la altura
Vela por los que quedan en la tierra
Con la miseria y el dolor en guerra.
Hoy os habla el espíritu, no el hombre;
Guardáis con honra limpio vuestro nombre,
Y si hay mil que se llaman de igual modo
Y alguien arrastra el nombre por el lodo,
Ved que siempre es así la historia humana;
Lucrecias son la Borgia y la Romana,
Y ambas con patria igual, con nombre mismo,
Separadas están por un abismo.
Os amo como sois, os quiero humanos;
Limpias de sangre y cieno vuestras manos;
Si sufrís, esperad; á todo duelo
Dios y el tiempo dan término y consuelo;
Con fe y resignación todo se alcanza;
Nunca alentéis rencores ni venganza
Y cuando halléis un pérfido enemigo,
Recordad, para darle su castigo,
Que no hay ningún castigo en la existencia

Más duro que la fría indiferencia.
Yo ya no moriré; tengo esa vida,
Sin miserias, sin llanto, sin medida
Que Dios reserva al justo; en ella quiero
Veros alguna vez... allí os espero.»

Calló el solemne y desusado acento;
La luna se apagó, quejóse el viento.
Y nosotros, nosotros aterrados,
Juzgando como sueños disipados
Tan extraños sucesos, ¡ay! nos vimos,
Y mudos de dolor nos despedimos.

¡Oh mi supremo amor! ¡Oh padre mío!
Pende aún sobre el muro tan sombrío
El cuadro que los ojos embelesa;
La luna á veces con amor lo besa
En la callada noche, yo lo miro
Y llorando sin lágrimas suspiro;
La fiebre del pesar quema mis sienes,
¡Oh! ¡mi padre! ¡mi amor! ¿por qué no vienes?
¿No me ves triste y solo y abatido?
¿En dónde, en dónde estás? ¿dónde te has ido?

VENID LOS TRES

Venid... venid á mí; triste y cansado
La frente inclino mustia y abatida,
Venid que por vosotros no he apagado
La estéril llama que me da la vida.

Yo por vosotros todo lo desdén,
Aprendo á sonreír para miraros
Y mi dolor más grande es muy pequeño
Junto á la dicha inmensa de besaros.

Ven mi tierna Margot, tú eres la rosa
Que refresca mi espíritu doliente;
Estrella de la paz, vierte amorosa
Tus ósculos de luz sobre mi frente.

Ven mi Juan, mi esperanza y mi consuelo,
En cuyo nombre mi blasón se encierra,
Veme con esos ojos de tu abuelo
Que tanto me miraron en la tierra,

Y tú, mi triste y pálida María
Que has traducido mi aflicción secreta,
Ven á mi corazón, ven hija mía,
Y llora sobre mi arpa de poeta.

Ahora que castos sois, porque sois niños,
Dadme pureza, ensueños, ilusiones,
Quiero hartarme de besos y cariños
Y en pago os llenaré de bendiciones.

¡Amadme como os amo! Me habéis dado
La paz con vuestros besos de ternura.
¡Si yo viviera siempre á vuestro lado!
¡Si siempre fuerais niños! ¡qué ventura!

CAMBIO DE NOMBRE

A MI PRIMOGÉNITA

Si amas tanto á la Virgen, hija mía,
En tu edad sin doblez y sin engaños,
Toma su nombre y llámate « María »
Lo cual aplaudirán propios y extraños.

Quando te llamo « Concha », tus sonrojos
Hacen que me confunda y que me asombre,
Pues muy claro me dices con los ojos:
« Yo no vivo contenta con mi nombre. »

Tus razones tendrás y las respeto,
Porque yo de tu vida en el camino
No indago lo que piensas, lo interpreto;
No pregunto que quieres, lo adivino.

Estudio en tu inquietud cada deseo,
 Conozco tus tristezas ignoradas,
 Y cuanto guardas en el alma leo
 Lo mismo que en un libro en tus miradas.

No existe para mi dicha ninguna
 Mayor que aquella que alumbró mi vida
 En la primera vez que de tu cuna
 Te alcé en mis brazos, te besé dormida.

Y de mi santo amor en los excesos
 Viendo en ti de mis dichas el tesoro,
 Te desperté al rumor de tantos besos
 Y con el alma te grité: ¡te adoro!

¡Cuántas hermosas noches á tu lado
 Mirándote dormir pasé las horas,
 Y cuántas veces ¡ay! me han encontrado
 De pie junto á tu lecho las auroras!

Los premios á este amor no son escasos;
 Dos ha tenido mi pasión suprema:
 Una epopeya en tus primeros pasos,
 Y en tus primeras frases un poema,

¿Cuál es tu porvenir? Si Dios me diera
 Poder para mirar futuro día
 Y tenebroso tu horizonte viera,
 Llorando, á Dios tu muerte pediría.

Tan prematuramente raciocinas
 Que en todo buscas manantial de bienes,
 Y hoy quieres, para el mundo en que caminas
 Otro nombre distinto del que tienes.

¡Oh pura y tierna flor de mis pensiles
 Que yo temblando de pasión cultivo;
 Has inundado con tus seis abriles
 De aroma el mundo en que luchando vivo!

¿Por qué no has de llamarte como quieres?
 ¡Cesen ya tu ansiedad y tus desvelos;
 No hay nombre más hermoso en las mujeres
 Que el nombre de la Reina de los Cielos!

MI OASIS

A MI HIJA MARÍA

Mirto del deshojado huerto mío
Que con ámbar de amor me regeneras
Y que en tus nueve tristes primaveras
Lágrimas sólo tienes por rocío.

En el sagrario del altar vacío
Como vivida luz constante imperas
Que fueron tus caricias las primeras,
Que ahogar pudieron mi dolor impío.

Primera flor de las amadas flores
Que en otro hogar donde el sufrir se olvida
Su aroma dan y ostentan sus colores;

En tu corola virginal se anida
El más intenso amor de mis amores,
La fe que alienta mi angustiada vida.

MI TALISMÁN

Con los primeros dientes de María
Finos, menudos, blancos y brillantes,
Me han hecho un prendedor que no daría
Por otro igual de perlas y diamantes.

A joya tan humilde como grata
Emblema de mis íntimas ternuras,
La juzgo si la llevo en la corbata
El talismán de todas mis venturas.

Nada me importa que á ninguno cuadre
Ver cuanto estimo deleznable huesos:
Son de una boca que al decirme: ¡padre!
Cura mis penas con sus castos besos.

Son de una boca diminuta y bella
Más que las rosas fresca y encendida,
Basta la miel que se desborda en ella
Para endulzar las horas de mi vida.

Otros busquen tesoros como Creso;
Yo que no espero ni ambiciono tanto,
Perlas busco en la boca cuyo beso
Es para mí el más puro y el más santo.

Hay quien de cada piedra forme un mito,
Quien dé culto de Febo á la luz pura,
Y quien fabrique un templo de granito
Para dar á un monarca sepultura.

Y yo incrusto del oro en la dureza
Estos carbunclos de materia humana,
Que envueltos en aliento de pureza
Dios engarzó sobre caliente grana.

Cuando llame á las puertas del olvido,
Llevarme quiero á la mansión sombría
Este alfiler humilde, revestido
Con los primeros dientes de María.

« ESTE ERA UN REY... »

Ven mi Juan, y toma asiento
En la mejor de tus sillas;
Siéntate aquí, en mis rodillas,
Y presta atención á un cuento.

Así estás bien, eso es,
Muy cómodo, muy ufano,
Pero ten quieta esa mano
Vamos, sosiega esos pies.

Éste era un rey... me maltrata
El bigote ese cariño.
Éste era un rey... vamos niño,
Que me rompes la corbata.

Si vieras con qué placer
Ese rey... ¡Jesús! ¡qué has hecho!
¡Lo ves? en medio del pecho
¡Me has clavado un alfiler!

¿Y mi dolor te da risa?
Escucha y tenme respeto:
Éste era un rey... deja quieto
El cuello de mi camisa.

Oír atento es la ley
Que á cumplir aquí te obligo.
Deja mi reloj... prosigo.
Atención : Éste era un rey...

Me da tormentos crueles
Tu movilidad chicuelo,
¿ Ves? has regado en el suelo
Mi dinero y mis papeles.

Responde: ¿ me has de escuchar?
Éste era un rey... ¡qué locura!
Me tiene en grande tortura
Que te muevas sin parar.

Mas ¿ya estás quieto? Sí, sí,
Al fin cesa mi tormento...
Éste era un rey, oye el cuento
Inventado para ti...

Y agrega el niño, que es ducho
En tramar cuentos á fe:
« Éste era un rey... ya lo sé
» Porque lo repites mucho.

» Y me gusta el cuentecito
» Y mira, ya lo aprendí:
» Éste era un rey, » ¿no es así?
» ¡Qué bonito! ¡Qué bonito! »

Y de besos me da un ciento,
Y pienso al ver sus cariños:
Los cuentos para los niños
No requieren argumento.

Basta con entretener
Su espíritu de tal modo
Que nos puedan hacer todo
Lo que nos quieran hacer.

Con lenguaje grato ó rudo
Un niño, sin hacer caso,
Va dejando paso á paso
Á su narrador desnudo.

Infeliz del que se escama
Con esas dulces locuras;
¡ Si estriba en sus travesuras
El argumento del drama!

¡ Oh Juan! me alegra y me agrada
Tu movilidad tan terca;
Te cuento por verte cerca
Y no por contarte nada.

Y bendigo mi fortuna,
 Y oye el cuento y lo sabrás :
 « Era un rey á quien jamás
 « Le sucedió cosa alguna. »

EL CULTO DEL ABUELO

A MI QUERIDO Y RESPETADO AMIGO
 IGNACIO M. ALTAMIRANO

Señorona pequeñita,
 Mi hechicera Margarita,
 Ven aquí;
 Mírame, ¿ no estás oyendo
 Que en la sala están diciendo
 Que te pareces á mí?

Y ¿ en qué será? Son tus ojos
 Dos luceros, y tus rojos
 Labios son
 Frescos, lucientes y puros
 Como los guindos maduros
 Del otoño en la estación.

¿ Será en la color? Tú tienes
 De armiño y seda las sienes;
 Rubia es

Tu abundosa cabellera,
Tus manos como de cera
Y diminutos tus pies.

¿Será en el carácter? Serio
Triste y lleno de misterio
Siempre estoy,
Y tú amable y halagüeña
Y cariñosa y risueña
En tu inocencia eres hoy.

¿En qué, pues, nos parecemos?
En los rostros no tenemos
Nada igual;
Y en las almas, ¡qué ironía!
Junto a la tuya es la mía
El carbón junto al cristal.

Pero hay algo que guardamos
Los dos y que alimentamos
Al vivir;
Es un amor, es un culto,
En nuestras almas oculto,
Que no puedo describir.

Mi padre, digo, tu abuelo
A quien Dios tenga en el cielo,
En ti vió

Un reflejo de aquel niño,
Que al ser padre, con cariño
A su lado te llevó.

Se gozaba en contemplarte
Y recordaba al mirarte
Cada vez,
Las dichas encantadoras
Que tuvo en todas las horas
Fugaces de mi niñez.

Y exclamaba: « ¡Pobrecita!
Tan buena mi Margarita,
¡Qué placer! »
Y mirándote perplejo,
Murmuraba: « ¡estoy tan viejo
Que no la veré crecer! »

Y se murió. Si te viera
Tan crecida ¿qué dijera?
De ti en pos
Andar ágil le vería;
¿No recuerdas hija mía,
Cuando ibais juntos los dos?

¡Juntos Oriente y Ocaso!
Él marchaba paso a paso
Tras de ti...

Y tú lanzabas un grito :
 - « ¡ Corre, alcánzame, abuelito,
 ¡ Más aprisa... más... así ! »

Me parece que le escucho;
 ¿ Te acuerdas? ¿ Le quieres mucho?
 ¿ Es fiel
 Tu memoria y no le olvida?
 ¿ Cada noche, hija querida,
 Le pides á Dios por él?

Mucho los dos le queremos
 Y en esto nos parecemos,
 ¿ No es verdad?
 Iguales somos en eso,
 Muy iguales... dame un beso
 Que suene en la eternidad.

Santo beso que no acaba,
 Como aquellos que te daba;
 Llegue á Dios
 Nuestro llanto y nuestro duelo :
 Para llorar por tu abuelo
 Somos iguales los dos.

Repítele á tus hermanos
 Los nobles consejos sanos
 Que le oí

Y llóralo en todas veces.
 Que al llorarlo te pareces,
 Te pareces mucho á mí.

PATRIA

A MI QUERIDO AMIGO FRANCISCO SOSA

Ayer, mi primogénita Conchita,
 Alma en flor de mis dulces ilusiones,
 Me dirigió una carta que está escrita
 Con letras que parecen moscardones.
 No falta por supuesto el sobrescrito
 Que dice — « Á mi papá, » — yo soy, lo veo;
 ¡ Buen chasco se pegaba el angelito
 Si ha mandado su epistola al correo!
 Con mucha gravedad he roto el nema
 Que, sin seguir la práctica aceptada,
 No es monograma, ni blasón, ni lema,
 Sino un poco de goma mal untada.
 El papel de la carta, maravilla
 Por su extraño doblez y su figura,

En sus mejores tiempos fué planilla
 De un cuaderno segundo de escritura,
 Doy principio á leer, y no comento:
 « Mi querido papá, mucho te extraño;
 Margot está muy gorda y Juan contento
 Porque ha estrenado al comenzar el año.
 Te vas á sorprender con su vestido,
 No te quiero contar, son calzoneras;
 Su sombrero jaranó y le han traído
 Una de esas pistolas de deveras.
 No digas que te dije si pregunta
 Porque si no dirá que soy muy mala,
 Ven á ver su pistola, si te apunta
 No te asustes, papá, no tiene bala.
 Ya no te escribo más; en otro día
 Seré tan larga como tú lo pides;
 Adiós papá; bendice á tu María...
Post-data: — Mi muñeca; no te olvides. »

II

Al domingo siguiente muy temprano,
 Tomé asiento en un coche de primera
 De aquel tren más inglés que mejicano
 Que lleva á Veracruz, no á la frontera.
 Dos horas de camino, con el alma
 Henchida por las gratas impresiones

De una mañana alegre, y á « La Paima »
 Llego como quien dice en tres tirones,
 Abandono el wagón y lo primero
 Que á mi vista en el campo se presenta,
 Es Juanito vestido de rancho
 Tal y como la carta me lo cuenta :
 Un sombrero jarano con toquilla,
 Un freno á cada lado por chapeta,
 Un ancho barboquejo con hebilla,
 De cuero de venado la chaqueta.
 Amplia la calzonera y con galana
 Botonadura; la corbata suelta;
 Al cinto la pistola en la canana,
 La mano airosa entre la crin revuelta.
 Espuelas de Amozoc cuyos pavones
 Ni el tiempo borra ni el andar maltrata,
 Ostentando en sus mil incrustaciones
 Gallardas cifras en bruñida plata.
 En el sencillo fuste por adorno,
 Redondos chapetones cincelados,
 Y de la teja y la cabeza en torno
 Anchos cercos de plata repujados.
 Cubierto el hombro por la manga oscura
 De paño azul y de olvidada usanza,
 Con fleco y con galón la embocadura :
 Fleco que al sol sus esplendores lanza.
 Y tal me pareció que revivía
 Con su traje y airoso continente,
 El tipo que mi ardiente fantasía

Formara en mi niñez de un insurgente.
 Adelantó el caballo; mezcló un grito
 De júbilo con una carcajada,
 Y me puse á mirarle de hito en hito,
 Fingiendo una sorpresa inesperada.

III

Después, cuando ya juntos caminamos
 Hablábamos los dos de esta manera :
 (Antes debo advertir que á lo que hablamos
 Puede ó no darle crédito cualquiera.)
 — ¿Por qué dices, papá, que te parece
 Que soy un insurgente? di : ¿qué es eso?
 — Te lo voy á explicar, pero merece
 Un prólogo de amor, ¿me das un beso?
 Hace ya muchos años... todavía
 El abuelito de que fuiste encanto...
 — ¡Ah! sí; mi papá grande... — No nacía.
 — ¿Hará como cien años?
 — No, no tanto.
 Era el año de diez; han transcurrido
 Desde entonces acá más de setenta...
 — ¿Serán doscientos años?
 — ¡Aturdido!
 En nombre de tu edad, no hagas la cuenta.
 Hubo por aquel tiempo una gran guerra :

Luchaban los de aquí con los extraños
 Por quitarles el mando en esta tierra,
 Y fué tan larga que duró diez años.
 — ¿Y quién ganó por fin?

— Poco me extraña

Esa pregunta de la cual me río;
 ¡Luchábamos nosotros con España
 Y ganamos nosotros, hijo mío!
 Pero voy á decirte en breve historia
 Cómo tan noble triunfo conseguimos,
 Rogándote la guarde tu memoria
 Por ser del suelo en que los dos nacimos.
 Muy cerca de la hacienda, en aquel llano
 La iglesia desde aquí bien se divisa,
 Vive un amable cura muy anciano,
 Que los domingos viene á decir misa,
 ¿Ya lo conoces?

— Si.

— Mucho cariño

Te profesa por cierto, el buen abate...
 — Si, ¿no sabés? me llama su buen niño
 Y me convida pan y chocolate.
 — Pues bien, de igual edad, con los honores
 Mismos que él tiene; amado por las gentes,
 Hubo un cura en el pueblo de Dolores
 Al cual debemos ser independientes.
 Era de noble corazón y dijo:
 «Cuanto tengo en la tierra y cuanto valgo
 Por mi patria lo doy como buen hijo.»

Era aquel cura: ¡Don Miguel Hidalgo!
 Y sin más que su esfuerzo y su conciencia
 Que la alta voz del patriotismo escucha,
 Proclamó sin temor la Independencia,
 Y antes que nadie se lanzó á la lucha.
 Muchos le acompañaron, mas la suerte
 Corresponder no supo á sus desvelos;
 Por darnos libertad halló la muerte
 Dejando en su lugar al gran Morelos.
 Era cura también de pobre aldea,
 Pero dotóle Dios de tal bravura
 Que era un rayo de Dios en la pelea
 El que manso pastor era de cura.
 Ejércitos formó, rompió murallas,
 Hizo temblar al enemigo osado,
 Y en tres años ganó tantas batallas
 Que el mundo todo lo miró asombrado.
 — ¿Ese llegó á ganar?

— Dios no lo quiso.

Murió sin desmayar altivo y fiero;
 Pero seguir luchando era preciso
 Y así para luchar surgió Guerrero.
 Hijo del pueblo, ardiendo en sus entrañas
 El fuego celestial del patriotismo,
 Era un león nacido en las montañas
 Que arrulló el huracán sobre el abismo.
 Modelo de valor sin arrogancia,
 Con un corto puñado de valientes
 Ejemplo fué de indómita constancia

Y faro de las tropas insurgentes.
 ¿Entiendes lo que digo? aquellos bravos
 Que sin medir peligros, duelos, penas,
 Le dieron libertad á los esclavos,
 Rompiendo al oprimido sus cadenas.
 Aquellos hombres cuyo arrojo fiero
 Todo lo grande y lo sublime entraña;
 Sin títulos, ni honores, ni dinero;
 Sin más cuartel que el llano y la montaña,
 Que siempre estaban en constante guerra
 Sufriendo los rigores de la suerte,
 Sin esperar más premios en la tierra
 Que eterna cárcel ó afrentosa muerte.
 Con una manga tosca por abrigo,
 Con un nombre sin mancha por herencia,
 Con un caballo por mejor amigo
 Y por única fe la independencía.
 Esos que tantos hechos ignorados
 Nos dejan para asombro de las gentes,
 Fueron del pueblo libre los soldados
 Y son los que se llaman insurgentes.
 Esta tierra que ves y en que tenemos
 Aire, luz, casa, pan, amor, ventura,
 Á su valor heroico la debemos,
 Nos la dieron su arrojo y su bravura.
 Este sol, estos campos, este cielo,
 Es todo nuestro con su honor ungido;
 Aquí naciste tú, nació tu abuelo
 Y nací yo también, es nuestro nido.

Es la gran Madre y Patria se le llama;
 Nada en su bien te asuste ni te asombre,
 Su amor enciende la divina llama
 Que alienta y mueve el corazón del hombre.
 Más que en mí, más que en ti, todo el cariño
 De que fueres capaz, cífralo en ella,
 Y en tu inocente corazón de niño
 Brille ese amor como fulgente estrella.

IV

Después al terminar nuestra jornada,
 Quedéme largo rato pensativo,
 Y dije á Juan fijando una mirada
 En su semblante alegre y expresivo :
 —¿Ya ves por qué me gustas de ranchero?
 Grita cual si te oyeran muchas gentes.
 Viva Hidalgo, Morelos y Guerrero!
 Y ¡vivan los soldados insurgentes!
 ¡Vivan! repitió el niño entusiasmado;
 Yo su grito escuché con embeleso,
 Y le dije : pues hemos acabado,
 Te daré como epilogo otro beso!

EL GRAN GALEOTO

- Margot está en el balcón
 Con medio cuerpo hacia fuera;
 Yo de pie sobre la acera,
 Dándole conversación.
- Di: ¿Qué quieres, hija mía?
 — Irme contigo.
- No puedes;
 Te mando que en casa quedes
 Las niñas salen de día.
- ¿De noche no?
 — No.
- ¿Por qué?
 — Porque no... ya lo sabrás;
 — ¿Pero tú adónde te vas?
 — Al teatro y al café.
 — ¡Al teatro! ¿Y es bonita
 La comedia?
 — Mucho, sí...
 — Entonces llévame allí,

- Voy á bajar...
- ¡Margarita!
- ¿Y al café cuándo te vas?
 — Muy tarde, á la media noche.
 — Bien, pues iremos en coche,
 Así sí me llevarás.
 — De noche no puedes ir
 Ni al teatro ni al café...
 — ¿Espantan?
 — No.
- Pues ¿por qué?
 — Porque no puedes salir.
 — Pero di: ¿por qué no puedo?
 — Está oscura la ciudad.
 — Dices que á la oscuridad
 Nunca se le tiene miedo.
 — Traeré dulces al volver.
 — ¿Todos serán para mí?
 — Todos.
- ¿Pero todos?
 — ¡Sí!
- ¿De veras?
 — Todos, mujer.
 — Así me quedo contenta.
 — Bien, pues entra que hace frío...
 — ¿Te vas?
 — Me voy, ángel mio,
 — Mis dulces...
 — Calla, avarienta.

— ¿Qué dices?
 — Nada, tesoro,
 Que ya me voy, nada escucho.
 — ¿Me quieres?
 — ¡Te quiero mucho!
 ¿Y tú me quieres?
 — ¡Te adoro!
 — Soy obediente.
 — Por eso
 Vives ya tan consentida.
 — Un beso...
 — Toda mi vida
 Te mando con este beso.

—
 Pasaban á la sazón
 Varias gentes por la acera,
 Y al oír de tal manera
 Cortar la conversación,
 Nos juzgan pechos de lava
 Que laten de amor en pozos,
 Y dicen : ¡vaya! ¡son dos
 Que están pelando la pava!

A MI PROMOGÉNITA

—
 Anoche te vi en sueños hija mía,
 No ya cual eres hoy, niña inocente,
 Sino joven, gallarda, inteligente,
 En tu mayor fragancia y lozanía.

Encontré en tus miradas alegría,
 En tu risa bondad, paz en tu frente;
 Eras un sol brillante en el Oriente
 Y yo la noche oscura, triste y fría.

¡Oh ley inexorable del destino,
 Cuando más reclamabas mi presencia
 La eterna sombra á sorprenderme vino!

Te vi en sueños llorar mi amarga ausencia
 Salvándote del mundo en el camino
 Mi memoria, mi amor y tu conciencia.

LAS BODAS

Dos sillones sirviéndoles de altares,
 Los dos niños cogidos de la mano,
 De blanco y coronada de azahares
 Se va á casar Margot con Juan su hermano.

Por infantil y extraña anomalía
 Que no sé si á los teólogos asombre,
 En cura de almas se cambió María
 Y oficia el acto convertida en hombre.

Es graciosa la novia; su vestido,
 Entiéndase mejor, el nupcial traje,
 Es un chal de burato desteñido
 Cuyos rasgones suplen al encaje.

Las flores que le adornan en la frente,
 Más que corona semejando venda,
 Han crecido en los bordes de la fuente
 Que tiene el jardincillo de la hacienda.

El traje del galán no tiene pero,
 Es un frac de papel, por mí cortado;
 Usa en la ceremonia mi sombrero,
 Bastón de borla y pañolón bordado.

Ni curiosos ni amigos imprudentes
 Asisten á la boda de que os hablo,
 No hay suegros, ni padrinos, ni parientes,
 Ni la epístola citan de san Pablo.

Con suma sencillez el cura dice :
 « Tú serás el marido y tú la esposa. »
 Los junta, los contempla, los bendice,
 Y concluye la fiesta religiosa.

Después, cediendo al poderoso lazo,
 Con el grave ademán de los señores,
 La dama y el galán que le da el brazo
 Se alejan por los anchos corredores.

— Oigan, les grita el cura femenino,
 Que no vuelva á mirarlos enfadados
 Y ellos dicen siguiendo su camino,
 ¿Enfadarnos? jamás; ¡somos casados!

Espectador que al verlos se enajena
 Era yo aquella vez, y me entrometo
 Y pregunto á los héroes de esta escena
 Sin miedo á que me falten al respeto.

— Ya vi lo que habéis hecho, y necesito
Que aquí sin engañarme ni engañarse,
Me digan, tú, Margot, ó tú, Juanito,
Lo que habéis entendido por casarse.

Y en seguida el varón contesta ufano
Sin temor á un regaño ni una riña :
— Casarse, ¿no lo ves? es dar la mano
Cada vez que se quiere á alguna niña.

Nunca enfadarse ni reñir por nada,
Sentarse juntos y jugar contentos,
Ir á correr los dos por la calzada
Y contarse en la noche muchos cuentos.

— ¿Y es la primera vez que te has casado?
Y me responde Juan con ironía :
— No, papá; van tres veces, y he pensado
En casarme esta tarde con María!

Al oír esta frase sentenciosa
De la boca infantil de aquel marido,
Quedéme enfrente de la humana prosa
En hondas reflexiones sumergido.

El pecado, pensé, vive en lo impuro
De una alma enferma, desgarrada ó seca.
¿Por qué peca el polígamo maduro?
¿Por qué el niño polígamo no peca?

JUEGOS DEL ALMA

Mientras yo á carcajadas me reía,
En otra habitación Margot lloraba;
¡Qué contraste formó con mi alegría
La pena que su llanto revelaba!

Corro al instante á verla y la pregunto:
¿Por qué con tal dolor estás llorando?
Di... ¿por qué gritas? y responde al punto
Es porque estoy á lágrimas jugando.

¿Cómo? ¡Jugar á lágrimas! ¡Ignoras
Lo que dices Margot! ¡Vives de prisa!
Mientras tú alegre juegas á que lloras
Yo estoy con mi dolor jugando á risa.